

El Santo Credo Apostólico

Breve análisis a la luz de la Biblia
por el pastor Rolando de los Ríos,
director y orador del programa de radio Revelación.

Lección 4

“Creo en la Santa Virgen María”

Lo que hoy nos corresponde estudiar sobre el Credo es sumamente importante.

“Creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo. Nació de santa María virgen...”

En nuestro estudio anterior analizamos los pasajes bíblicos que nos enseñan el nacimiento virginal de Jesús. Algunos de los críticos de la Biblia consideran este tema inverosímil y hasta ridículo. No pueden creerlo porque es algo que no tiene precedentes.

En efecto, el nacimiento virginal de Jesucristo no tiene precedentes. La realidad es que solamente esto se puede creer por medio de la fe; de la fe en Dios, de la fe en la Biblia. Nadie puede creer sin fe en una cosa tan extraordinaria. Tampoco la gente creería que es posible que lluevan peces; están acostumbrados a ver llover agua, por supuesto. No fue sino hasta que un tornado absorbió el agua de una laguna en la China y luego la derramó mediante un aguacero cargado de pescados, que la gente entonces comprobó que se puede creer en algo sin precedentes.

Claro está que el nacimiento virginal de Cristo no tiene precedentes en todo el sentido de la palabra. Lo único que se le puede asemejar es el “nacimiento” de Adán, el padre de la raza humana, como ya analizamos en el estudio anterior. Adán surge a la existencia en forma extraordinaria. De la misma forma, el segundo Adán, Jesucristo, debía nacer en una forma extraordinaria para ocupar su lugar. Para poder morir y pagar la deuda que el ser humano tenía, Jesús debía tener una doble naturaleza: divina y humana. Esto será siempre un misterio y los misterios no son para ser discutidos sino para creerlos o no, con todas sus grandes consecuencias.

Ahora el credo nos asegura que Jesucristo nació de “Santa María Virgen”. Yo creo eso, no porque lo enseñe la tradición o lo imponga un dogma eclesiástico; lo creo porque las Sagradas Escrituras lo dicen. Creo que Dios escogió a una noble y humilde mujer para cumplir su propósito de introducir a su Hijo en este mundo a través del canal humano. Creo que el Dios Todopoderoso que fue capaz de crear el vasto Universo, puede también controlar el útero de una mujer con todas sus funciones físicas y fisiológicas.

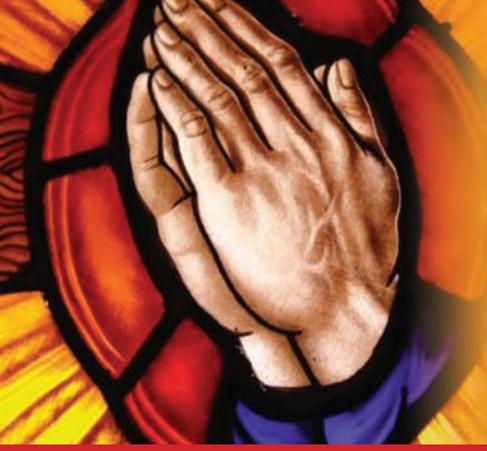
“MARIA” Ese era su nombre. La Biblia lo confirma. Era “VIRGEN” porque esto también lo registra el sagrado registro en las palabras de la misma protagonista. Cuando el ángel Gabriel le dio la noticia asegurándole que tendría un hijo, ella replicó asombrada: “¿Cómo puede suceder esto pues no he conocido varón”. Con esta frase sutil y ética con la cual se aludía a las relaciones íntimas maritales, María aseguró al ángel — y a nosotros hoy — que era señorita. Además, María, por su pureza espiritual no creía en lo que hoy llamamos “sexo premarital”.

Pero además de esto, le podemos llamar, como indica el Credo Apostólico: “SANTA”. De eso no hay la menor duda. Dios la escogió por su pureza y santidad. Si hubiera existido otra mujer más santa que aquella humilde señorita, Dios hubiera escogido a la otra por ser la mejor. Pero escogió a María porque era santa.

Quizás se requiera que analicemos algo. ¿Qué concepto tenemos de santidad? Para ser santos no hay que alcanzar un nivel que se logra después de muertos o por determinación de concilios eclesiásticos. Santo es el que vive en íntima relación con Dios, día a día, en humildad y dependencia de él. Las palabras de María revelan esa vivencia con su Dios.

Yo creo en la Santa Virgen María y les diré por qué. Además de ser pura y santa, debía llenar otros requisitos. Ella debía proceder de la tribu de Judá pues el Mesías debía descender de esa tribu real. Algo más. Además de Judá, debía venir del linaje de David. Las cronologías registradas en los santos Evangelios de Mateo y Lucas declaran que tanto María, como José, eran descendientes directos del rey David.

También creo que en la Santa María de la misma forma que creo en todos los santos hombres y mujeres de Dios registrados en las



El Santo Credo Apostólico

Breve análisis a la luz de la Biblia
por el pastor Rolando de los Ríos,
director y orador del programa de radio Revelación.

Sagradas Escrituras, tales como San Pedro y San Pablo, por ejemplo. Para creer en ellos tengo que analizarlos desde dos ángulos importantes: sus vidas y sus palabras. ¿Cómo vivieron? ¿Cómo fue el ejemplo de integridad y fidelidad a Dios que dieron a los demás? Además, ¿Cuál es la naturaleza del testimonio que ha quedado de sus palabras, de sus pronunciaciones? ¿Hablaron acorde a la Palabra de Dios? Teniendo esto en cuenta, puedo decir con propiedad que creo en esta santa mujer.

Teniendo en cuenta el testimonio que se ha registrado de su vida, es evidente la conducta intachable de María. Su actitud humilde y devota al aceptar la encomienda de Dios, revela a las claras una vida digna de imitar. Por otro lado, al analizar las declaraciones de María, aunque son pocas las registradas en los Evangelios, nos dicen mucho de su integridad. Las primeras declaraciones que las Sagradas Escrituras registran de labios de María tienen que ver con su conversación con el ángel Gabriel. Cuando este le dijo que sería la madre del Mesías, ella dijo, como ya hemos señalado anteriormente: “¿Cómo será esto pues no conozco varón?”. Luego, aceptando la voluntad de Dios, dijo: “He aquí la esclava del Señor; Séame hecho según tu palabra.” (Lucas 1: 34, Versión católica ecuménica del Monseñor Dr. Juan Straubinger).

El siguiente registro de las palabras pronunciadas por María, se refieren al encuentro con su prima Elisabeth, la que sería la madre de Juan el Bautista. “... y exclamando (Elisabeth) con gran voz, dijo: «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno y ¿de dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí? Porque, apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno. ¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!».

La respuesta de la humilde María nos revela algo importante: «Engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi salvador porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava, por eso desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso, Santo es su nombre y su misericordia alcanza de generación en generación a los que le temen. Desplegó la fuerza de su brazo, dispersó a los que son soberbios en su propio corazón. Derribió a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes. A los hambrientos colmó de bienes y despidió a los ricos sin nada. Acogió a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia. — como había anunciado a nuestros padres — en favor de Abraham y de su linaje por los siglos.» (2. Lucas 1: 39 - 55. Versión católica Biblia de Jerusalén).

En su bello “Magnificat”, María alaba a Dios y le reconoce como su “Salvador”. Esto nos demuestra claramente dos cosas: primeramente, su humildad al reconocer su estado de “sierva” ante Dios, y segundo, la gran verdad de que el único “Salvador” es Dios. No hay un ser humano, sin importar su rango religioso, que pueda salvar a nadie. Dios es el único que nos puede salvar. María, aunque santa y pura, era humana y necesitada de salvación. Es por eso que llama a Dios su “Salvador”.

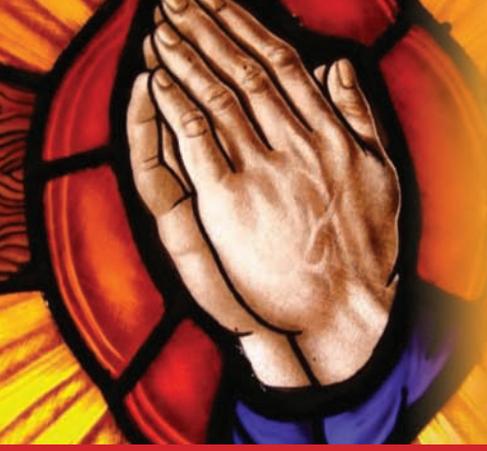
No hay un pasaje en la Biblia que exprese que Jesús llamó a su Padre: “mi Salvador”. Sí se nos muestra que Cristo es el Salvador pues el nombre que el ángel dijo que recibiría el niño que de ella naciera, sería “Jesús”, que significa “Salvador” pues el “salvará a su pueblo de sus pecados.” (Mateo 1: 21). Es realmente maravilloso que el Santo Niño que esta santa mujer traía en su vientre era, además de su hijo, SU SALVADOR.

Siendo fiel a los escritos de los Santos Evangelios, creo en la Santa y Bienaventurada Virgen María pero, en fidelidad a esos Santos Evangelios, también creo que aunque santa y pura, no tenía ni tiene el poder de salvación que solamente su Santo Hijo, Jesús tiene. Ella nunca manifestó la arrogancia de poseer el poder divino que su Hijo tenía.

Años más tarde, cuando acompañada de su Hijo, asistió a una fiesta de bodas en Caná de Galilea, María supo que el vino se les había acabado y recurrió a Jesús consciente de que él era el único que podía solucionar el problema. El texto dice: “Tres días más tarde se celebraba una boda en Caná de Galilea, y la madre de Jesús estaba allí. También fue invitado Jesús a la boda con sus discípulos. Sucedió que se terminó el vino preparado para la boda, y se quedaron sin vino. Entonces la madre de Jesús le dijo: «No tienen vino.» Jesús le respondió: «Mujer, ¿por qué te metes en mis asuntos? Aún no ha llegado mi hora.» Pero su madre dijo a los sirvientes: «Hagan lo que él les diga.» (Juan 2: 1 - 5. Versión Católica Biblia Castellana Latinoamericana).

“Hagan lo que él les diga”. Esta frase ha sido considerada como “El Mandamiento de Santa María”. Ella, sabiamente, indicó que en su Hijo estaba la solución. ¡Cuán importante es que cada sincero creyente obedezca ese mandamiento y vaya a Jesús como el único que puede solucionar nuestros problemas y darnos salvación!

Siendo honesto y sincero debo reconocer la pureza de esta santa mujer pero, al mismo tiempo, no puedo creer en algunos dogmas que en redor de ella se han establecido. Uno de ellos es que María es co-salvadora y co-redentora, compartiendo con Jesucristo la facultad que él solamente tiene en virtud de su naturaleza divino-humana. Esta creencia ha creado ciertos excesos de poder y facultades que



El Santo Credo Apostólico

Breve análisis a la luz de la Biblia
por el pastor Rolando de los Ríos,
director y orador del programa de radio Revelación.

avergonzarían a la misma María, a quien Dios escogió para la sagrada misión de introducir la Simiente divina en la tierra. Ejemplo de lo dicho es lo que el sacerdote Alfonso María de Ligorio, quien vivió entre 1696 y 1787, registro en su libro. Nos dice que: “Cuentan las Crónicas franciscanas que Fray León, gran amigo de San Francisco, contempló en una visión dos escaleras para subir al cielo, una roja y otra blanca. Por la roja se iba directamente a Jesucristo, y por la blanca se iba también a Jesús pero pasando por junto a la Virgen María. Y contempló como los que subían por la escalera roja, al llegar arriba y ver el rostro tan resplandeciente y majestuoso de Jesús, se desvanecían de susto y venían abajo. Y oyeron entonces una voz que les recomendaba: ‘subir por la escalera blanca!’ - y empezaron a subir por allí y al llegar a la parte superior de la escala no vieron el rostro resplandeciente de su Juez sino la sonrisa bondadosa de la Madre Celestial, la cual tomándolos de la mano los acompañó ante Jesucristo y los asistió durante el Juicio definitivo. Y con esto se quería significar que a Jesús y a la salvación vamos más seguramente por medio de la devoción a la Santísima Virgen.” (“Las Glorias de María”, págs. 160, 161, JMC Editores, Bogotá, Colombia).

Como podemos notar, en esta visión se enfatiza que la salvación no viene de Cristo, a quien se le presenta como un Juez que asusta, sino a través de la Virgen María. Dice que “la salvación es más segura” por medio de ella. Por otro lado, el apóstol San Pedro asegura acerca de Jesucristo: “Porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos”. (Hechos 4: 12, Versión Católica Biblia de Jerusalén). No dudo que Fray León haya tenido esa visión pero no tengo la menor duda del origen de la misma. No pudo venir de Dios porque Dios no se contradice.

Otro santo de la Iglesia lo fue el apóstol Pablo y hablando de la capacidad de intercesión de Jesucristo escribió: “Porque hay un solo Dios, y también un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también”, (1 Timoteo 2: 5, Versión Católica Biblia de Jerusalén). Solamente hay un solo mediador, y ese es Jesucristo, hombre. El es suficientemente capaz para representarnos amorosamente ante el Padre. Su rostro sí resplandece, pero de amor y gracia; no necesita ayudantes para salvarnos ni para interceder por nosotros. La misión de María nunca fue la de interceder por nosotros; de ser así, seguramente hubiera quedado registrado por Jesucristo o sus apóstoles en los escritos sagrados. ¿Cómo sería posible que algo tan importante como ocupar la sagrada función del Hijo de Dios — y Dios mismo — en la abogacía celestial, no se haya documentado en las Sagradas Escrituras?

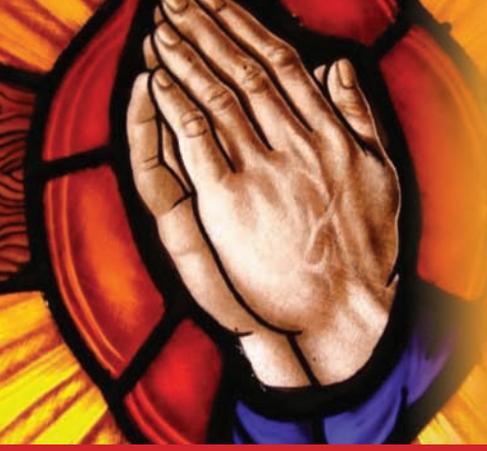
La santa y dulce María, en su humildad característica, quedaría muy ofendida si se le atribuyen las facultades divinas que solamente pertenecer a Dios. Ella se llamó a sí misma: “Sierva”, “Esclava del Señor”. Sus funciones fueron más que satisfechas al servir de santo canal por medio del cual Dios nos envió el Divino Regalo de su Hijo Unigénito. Eso que ella hizo es más que suficiente, según el plan de Dios.

No es mi intención ofender al sincero creyente en la devoción a María. Todo lo contrario, deseo que ese sincero creyente comprenda cual fue realmente la voluntad de ella acerca de nuestra salvación y nuestra obediencia a la voluntad de Dios. Desafortunadamente, la pureza de la Santa María ha sido colocada en un nivel contrario a las realidades y los conceptos de pureza que las Sagradas Escrituras establecen. El dogma de la “sagrada concepción de María” surgió como resultado de la idea de que la relación conyugal es necesaria pero, a la vez, impura. Es algo así como “un mal necesario”. Pero ese “mal” sería impensable que fuera cometido, no solo por María sino por su misma madre. Si Jesús nació de un vientre puro — se argumentó — ¿cómo podría nacer María de un vientre impuro? Entonces surge el dogma que impone la creencia que la madre de María también fue embarazada por el Espíritu Santo.

Todo esto viene de la errónea interpretación de lo que es la castidad; de la intención de rodear a María y a su madre de impoluta santidad en la cual las relaciones normales entre esposos — ordenada por Dios desde el principio — estuvieran completamente ausentes. Esto, por supuesto, conlleva a una pregunta. ¿Entonces, no sería necesario también que la madre de María fuese concebida de la misma forma? La cadena de concepciones virginales sería pues, interminable, si nos guiamos por la lógica. ¿Hasta cuál generación de sus antepasados se consideraría que la pureza fuera suficiente?

Otro de los dogmas, sin base escritural, es que María fue “virgen antes y después del parto”. Que fuera virgen antes del parto, de eso estamos seguros por el testimonio de las Escrituras y por la seguridad que tenemos de la integridad espiritual de María. Por otro lado, que fuera virgen después del parto, podríamos considerarlo en dos aspectos. Primero, espiritualmente, ella sí se conservó virgen después del parto; físicamente, imposible. ¿Razón? el bebé que la virgen dio a luz era totalmente físico. No era un espíritu con forma humana. Toda señora que haya dado a luz un bebé por medio natural sabe perfectamente que es imposible que su anatomía haya quedado igual; la virginidad deja físicamente de ser al momento del parto.

Algo más debe ser dicho sobre este aspecto, y quiero hacerlo en honor al plan original de Dios en bien de la familia y del matrimonio



El Santo Credo Apostólico

**Breve análisis a la luz de la Biblia
por el pastor Rolando de los Ríos,
director y orador del programa de radio Revelación.**

en el cual José y María estaban incluidos. Si cierto es que la santidad de María debe ser siempre elogiada, no menos debe ser la de José, su esposo. Una vez escuché a un orador católico decir sobre el esposo de la virgen: “el bueno de José”. No sé aún si fue una expresión de elogio o de lástima. La Biblia es muy clara al decir que una vez que María terminó de cumplir su sagrada misión de dar a luz al Hijo de Dios, entonces ocupó su lugar, también sagrado, de esposa fiel.

El testimonio del evangelio revela esta realidad. “Despertado José del sueño, hizo como el Ángel del Señor le había mandado, y tomó consigo a su mujer. Y no la conocía hasta que ella dio a luz un hijo, y le puso por nombre Jesús”. (San Mateo 1: 24, 25. Versión Católica Biblia de Jerusalén). La palabra clave es “hasta”. Esta palabra es una preposición que, según el Diccionario de la Real Academia Española, “denota el término de tiempo, lugares, acciones o cantidades”. En este caso en cuestión, denota la cesación del período de espera de José, en respeto al plan de Dios, para tomar a su esposa como tal. No tuvo con ella vida marital “hasta” que dio a luz a su hijo... El original griego del Nuevo Testamento comprueba que esta versión católica de la Biblia que hemos usado es correcta.

José y María no pecaron al participar el honor sagrado del matrimonio. El apóstol San Pablo corrobora la santidad de este deber de esposos. “Pero no ignoren las exigencias del sexo; por eso, que cada hombre tenga su esposa y cada mujer su marido. El marido cumpla con sus deberes de esposo y lo mismo la esposa. La esposa no dispone de su cuerpo, sino el marido. Igualmente el marido no dispone de su cuerpo, sino la esposa”. (1 Corintios 7: 2 - 4, Versión Católica Biblia de Latinoamericana). ¿Por qué habríamos de pensar que María hubiera pecado al unirse maritalmente a su esposo legal ante Dios y los hombres?

Creo en la Santa Virgen María, tanto como la humilde señorita, sierva del Señor, como la fiel y eficiente esposa y madre cumpliendo con su santo deber en su hogar. Creo sinceramente que el ejemplo de esta santa y piadosa mujer bien debería ser imitado por todas las damas que se llaman cristianas. María — como bien dijo Elisabeth — ha de ser llamada “bienaventurada”.

En mis imaginaciones sobre el día del gran encuentro de los fieles a la segunda venida de Jesucristo, me imagino encontrarme con esta santa mujer, María. Me imagino verla fundiéndose en un sentido abrazo con su hijo Jesús y con los redimidos de todas las edades, ella también unirá su dulce voz al coro de los salvados para entonar el canto de Moisés y del Cordero al decir, “Al que está sentado en el trono y al Cordero, alabanza, honor, gloria y potencia por los siglos de los siglos.” (Apocalipsis 5: 13, Versión Católica Biblia de Jerusalén).

Yo acepté como mi Salvador al hijo de María, pues quiero estar presente en aquella gran reunión eterna... ¿y usted?

Si este estudio le ha resultado interesante y útil para comprender más esta verdad, nos gustaría recibir su comentario. Hágalo pulsando aquí. Gracias.